



CARTA Á UNA AMIGA

Mi querida Graciosa: dos cartas tuyas tengo en mi poder y en ambas te quejas de lo que llamas mi olvido.—No, amiga mía, no te he olvidado, ni esto es posible, tratándose de una muger como tú y de un hombre como yo.

Verdad es que hace mucho tiempo que no te escribo, pero ten por seguro que mi silencio ni se debe á indolencia ni á que mi amistad haya sufrido el menor enfriamiento.

Forget me not,—me digiste el día de nuestra separación, y desde entonces tu imagen flota siempre en derredor mío, como esas *willis* de que nos hablan las baladas alemanas, tan poéticas y tan bellas, que presiden nuestras acciones, inspirándonos nuestros mejores pensamientos y guiando siempre hacia el bien los impulsos de nuestro espíritu.

No, Graciosa, no te he olvidado, porque no es posible que quien te haya conocido como yo, quien haya podido apreciar tu alma, si me permites esta frase,—te dé jamás al olvido.

Si mi silencio ha sido largo, culpa á mis muchas ocupaciones y á mi deseo de escribirte una estensa carta. Hoy por fin, puedo hacerlo, y pido á los cielos que me inspiren para ser tan elocuente cuanto yo deseo y tu te mereces.

En grave aprieto me pones: pedir á mi pobre ingenio una definición del amor. Traducir en palabras el más puro sentimiento del alma: estampar en letras lo que la mente apenas concibe, es obra superior á mis fuerzas. ¿Cómo dar un sentido á esos vagos suspiros? ¿Cómo explicar esas ténues miradas? ¿Cómo definir una sonrisa?

Y, sin embargo, todo es amor.

Te acuerdas de aquellas embalsamadas noches de estío, en que sentados en un banco de piedra en tu jardín, escuchábamos con religioso silencio, el melodioso canto de algún enamorado pajarillo? Recuerdas nuestros paseos matinales, cuando extasiados ante la bella perspectiva del sol naciente, deteníamos nuestros caballos, y quedábamos embobados en nuestros propios pensamientos...?

Recuerdas nuestros paseos por el lago *Mehopac*? Te acuerdas de nuestra gira á *Rock-Creack*, cuando sentados al pie de un corpulento nogal, oíamos á la Lucca entonar la romanza de *Desdemona*? Pues bien, cada una de esas dulces emociones que conmovían nuestras almas, haciéndolas vibrar como vibra al ser herida la cuerda de un arpa, es amor.—Como quieres que traduzca al lenguaje vulgar aquellas purísimas sensaciones? Imposible, Graciosa: hay cosas que la mente concibe, pero que la pluma no explica. Nuestro idioma, esta hermosa habla castellana, tan rica, tan flexible y abundosa, es aún demasiado ruda, demasiado primitiva para explicar ciertos sentimientos: se necesitaría el lenguaje con que los ángeles hablan al Señor.

Hace algunas noches me hallaba en casa de Nina: su hermana leía en voz alta las *Doloras*, de Cam-

poamor. Calló un momento, y Nina y yo, impresionados aún por los bellos conceptos del poeta, nos miramos: al encontrarse nuestras miradas en el espacio se hablaron, y lo que es más, se comprendieron. Sentí una dulce ansiedad inexplicable: mis labios balbucearon frases inconexas: mi mente creaba algo de que yo no me daba cuenta: intuitivamente y sin conciencia de lo que hacía, cogí mi lápiz y escribí estos versos en el album de Nina, que por azar se hallaba ante mí:

Amor es el cielo: la dicha futura
la esencia divina del Divino Dios:
amor es el bálsamo que todo lo cura:
amor es la vida que disfrutan dos.

Amor es la calma; la paz; bienandanza
que puso en las almas el Sumo Hacedor:
amor es la gloria; la casta esperanza
de dos puros seres: esto es el amor!

Dime, no es acaso así como tu comprendes, como tu te explicas ese purísimo sentimiento que nos domina y subyuga, haciéndonos esclavos del objeto amado? No es así como tu concibes esa emanación celeste?—Sí: porque tu tienes el alma generosa y en ella se abrigan los más castos sentimientos.

No faltará algún lector que juzgue estas definiciones del amor, un tanto románticas; pero si hay alguno que así piense, lo sentiré por él: no porque yo crea que en lo que te dejo expuesto haya romanticismo, no: protesto contra esa clasificación: podrá haber idealismo, pero nada más.—Y el amor, si ha de merecer este nombre, tiene que ser puramente espiritual, pues el amor material no puede existir. Al menos, yo no me lo esplico, no lo comprendo, y por eso creo su existencia imposible.—En el momento en que despojemos al amor de la parte ideal, en el instante en que lo reduzcamos á números y cábalas, deja, en mi concepto, de ser tal amor, para vestir la prosaica forma de un deseo ó de un negocio.

Desde el *Ars amandi*, de Ovidio, hasta nuestros días, son infinitos los escritores que han tratado de definir el amor ó las emociones que de él dependen. Todos lo han hecho con mayor talento que yo, es innegable, cualquiera que sea la definición que le hayan dado, pero ninguno con tan marcada buena fé.—Y aquí quisiera estampar algunas de las soluciones dadas por los mas distinguidos poetas y filósofos, pero ni tendrían objeto en la presente carta ni conducirían al fin que me propongo, si es que me propongo alguno, que no lo sé.—Me has pedido mi opinión en cuestión tan abstracta, á pesar de que ya debías conocer mi manera de pensar sobre ella, ó cuando menos suponerla, y te la he dado con entera franqueza. No pretendo convencer á nadie; ni esto es posible, ni aspiro á tamaña gloria.—Muchos habrá que se rían de los que así pensamos, pero si pudiéramos investigar, persona por persona, la conciencia de cada uno, estoy seguro que la inmensa mayoría, aún aquellos que mas materialistas en

amor se presentan, habian de confesar que piensan de igual manera que tu y yo.

En el siglo actual, época metalizada y de positivismo, se ha formado una juventud escéptica en todo, que se dice atea sin haber conocido el mundo, que se llama *blasseé* sin haber probado los amargos frutos del desengaño: juventud dorada, sí: brillante en los salones y en el *turff*; galante y espiritual,— en el sentido que los franceses dan á esta palabra,— decidora y elegante, pero indiferente, por no decir refractaria á los sentimientos del alma.—Y cuida que al hablar así de la juventud actual, no es por desprecio ni por orgullo, nada menos que eso. En medio de la escogida pléyade en que me agito, encuentro nobles corazones y cabezas privilegiadas. Es que por desgracia se nos enseña á dudar desde muy temprano, y de la duda á la negacion no hay mas que un paso, una frágil barrera sumamente fácil de franquear, y somos pocos, muy pocos, los que sabemos salir incólumes de tan reñida batalla.—Por eso hay tantas gentes que se burlan del amor ideal, del amor platónico, como ellos le llaman, y, sin embargo, yo me atreveria á asegurar que allá en el mas recóndito pliegue de su alma, en el mas oculto rincon de su conciencia, hay una fibra sensible que se conmueve á la idea de inspirar un amor semejante, ante la esperanza de sentirlo alguna vez; porque el amor puro y casto es «la esencia divina del Divino Dios», es el solo bálsamo que puede cicatrizar las heridas que el mundo nos infiere, es, en una palabra, el único lenitivo eficaz á nuestros pesares.

Por eso el mundo no nos comprende, mejor dicho, no quiere comprendernos y nos llama visionarios, porque creemos que el alma se basta á sí sola para sentir sin necesidad de recurrir á las groseras manifestaciones de la materia. Por eso ellos, que son los mas, nos tachan de soñadores; y sin embargo, si pudiéramos hacer una estadística confidencial, si pudiéramos tratar con números tan delicado asunto, yo te demostraria que son muchos los que piensan como nosotros, y que una gran parte, la inmensa mayoría de los que se rien del amor ideal, sienten en su alma el gérmen de esta pasión, pero no se atreven ó no quieren confesarla, ó porque les parece mas *elegante* el positivismo, ó por otra causa cualquiera. Yo mas franco, mas resuelto, no me avergüenzo de dar á luz mis ideas sobre este punto: soy idealista por excelencia. Soñador constante, vivo fuera del mundo actual, en regiones mas etéreas y mas puras: por eso cuando en el inmenso espacio de mis ideas encuentro un alma hermana, que palpita á las dulces emociones de un casto amor, soy feliz. Y si acaso la asquerosa cabeza del reptil duda penetrara, por un momento en mi cerebro, la fé lo arrojaría á latigazos como Cristo á los mercaderes del templo.

Dejemos al siglo seguir la senda de positivismo que ha emprendido: dejémosle lanzarse, loco y desatentado, por tan triste ruta, y constituyamos un mundo aparte: vivamos de nuestra propia existencia, solos, aislados, pero siempre soñando, ya que soñadores nos llaman, y guardando siempre nuestras creencias como preciadas reliquias, benditas por la fé.

Sobre todo, Graciosa mia, no dudes nunca, no dejes jamás penetrar este venenoso reptil en tu albo seno, pues mancha con su baba impura cuanto toca, y siempre deja huellas de su terrible paso.

Niega ó cree, querida niña mia, pero no dudes jamás.

Mister Directhor periódica MALAGA de esa capital of Malaga. Spain.

London 20 October 1878.

My querrida directhor. Aun no llegado presisamente en London, y thomar el pluma por dar á usted cuento de todos mis impresionas en isa Malaga la bella, salerro, que cantar la quitana que haber cantado una noche, y complir á usted mi cumplimienta.

Yo no me acostumbrar á la lluvia del agua de London dispues de haber estado presisamente toda la verana en el paserro de las pasas ricas de Malaga, que quemar el sol y los ocos de las niñas bonitas de panuelito en cabeza y zapata chiquita con moño and lazo and cintas que sube pantorrilla presisamente.

Oh my dear directhor! Cuando mi recuerda zapato chiquita mi entra temblamienta de gusto y baila mi en calles de London y pára la quente por me mirar y creen eesageramienta lo que digo mi de Malaga bella.

Mis compatriotas cuentan mucha cosita mala de las navacas y de los carros y los basurras que matan la quente en iso pueblo que no estar cierto, pero mi dice la verdad que no es mas que alguna espachurramienta de niño ó tripa de hombre fuera con la navaca, pero no es todo los dias, como pasa en toda capittal civilizado presisamente, y tambien alguno vieja que rompe sus piernas en alcantarrillas destapados por los serrenos para que salga lo peste, y pienso ir in Malaga con mi suegra.

Mi preferir Malaga á todo. Cuando mi efectnado mi arrivamienta á London, al otro dia ya estar resfriado y todo lleno de salpique de agua and fango de calles, y en isa bella capital nunca jaber fango porque estar todo polvo y nunca llover, y aunque se mete polvo en los narices y se estornúa un poquito, no haber resfriamienta, y nadie morirse de frio por que siempre jase calor y todo los que móren es de una aplastamienta de carro ó de teja ó en la jorca, y jaber mucho salud y muchos viejos, que dar envidia presisamente.

Tampoco jaber en London sardinas asás ni boquerrones y esto mi tener completamente disjustada, por ser improper de uno grande capittal no jaber esos cosas tan agradablemente comestibles.

Mi estar por tanto sucida á llevar en Malaga mi familia isto año que viene prontamente para oler todos los cosas de fruta and peros and membrillas de la greit alameda que toca la musica todós los dias que toca.

No pueda seguir mas por una ocasion especial que tengo presisamente.

De V. su amigo

JOHN W.

LOS JUGADORES DE AJEDRÉZ



UNA JUGADA DE CONSECUENCIA



LOS JUGADORES DE BILLAR

DISPUESTO Á GANAR

MÁLAGA

.....y como viera el viento Norte que el agua se iba enseñoreando de la ciudad y de los campos, se dijo para su capote:—No, señor; eso no lo consiento yo; y se nos metió por las puertas, con mando en jefe.

Entonces fué preciso sacar las capas y gabanes y las bufandas y los rusos; sobre todo por la noche, porque á la salida del teatro corria un gris, que ya... ya...

Y las jóvenes sacaron tambien á lucir sus gabanes, esos elegantes gabanes color *habana*, que tan bien les sientan y que tanto favorecen un cuerpo, cuando es esbelto.

Daba gusto verlas tomando el sol en el Muelle: al calor que presta el brillante astro del dia, parece como que la tez adquiere mayor transparencia y la pupila mayor brillo.

El frio, esto es innegable, auxilia los encantos de la muger cuando es hermosa, y los favorece cuando no lo es: el frio da cierta gracia á la muger, porque la hace mas ligera, mas *degagé*; le da cierta agilidad, que es un nuevo mérito.

La muger, por punto general, anda bien; mejor dicho, sabe andar: sus pasos son menuditos, su marcha acompasada; posan el pié en el suelo con seguridad y firmeza, mientras el cuerpo se balancea de una manera airosa y elegante.

Por eso en invierno andan mejor que en verano; porque bajo los ardorosos rayos de un calor estival, no tienen esa soltura y gracia que constituye uno de sus encantos, y que en los meses de invierno resalta mucho mas.

No sé si mis lectoras pensarán como yo respecto al invierno: pero yo lo prefiero al verano: no solo por las razones que dejo expuestas anteriormente, sino porque es la estacion de la vida, de la animacion, del amor.

En invierno es cuando tienen lugar esos grandes bailes que tan imperecederos recuerdos dejan en la mente; en invierno es cuando se abren los principales teatros, y hasta en invierno parece como que se ama mas y mejor. En invierno, sobre todo, es cuando se concurre al paseo durante el dia, y esto que en otra poblacion quizá no sea un atractivo, en la nuestra lo es y mucho, pues sabido es que durante la noche la Alameda está medio á oscuras.

Por eso yo prefiero el paseo de dia: no solo me parecen las mugeres mas guapas y airosas, sino que pueden apreciarse mas detalladamente todas sus perfecciones.

De noche es imposible estimar las delicadas líneas de un pié, el brillo de una mirada, la intensidad de una sonrisa: mientras que de dia y bajo los esplendentes rayos de un sol de invierno, es decir, de un sol que abriga, pero que no quema, todos estos detalles resaltan fácilmente á nuestra vista, y podemos apreciarlos en su justo valor.

De dia hay otra ventaja, que no es despreciable: de dia vemos venir desde lejos el objeto de nuestras afecciones, y podemos por lo tanto arre-

glar nuestra fisonomia á las circunstancias, mientras que por la noche puede sorprendernos echando un piropo á otra muger, y hasta quizá echarlo á ella misma, confundiéndola con otra.

Queda sentado, por lo tanto, que el invierno es cosa buena.

Yo prefiero el otoño; pero como es tan corto, me atengo al invierno.

En invierno además celebra la iglesia dos de sus mas grandes fiestas: el nacimiento de Jesús y la muerte del Hombre-Dios: la cristiandad entera celebra estas dos épocas con asombrosa pompa: la primera con cánticos de regocijo y de alegría; la segunda llena de misticismo y unción religiosa.

Queda, pues, demostrado que el invierno vale mas que el verano, y que todos debemos alegrarnos de verlo entrar por nuestras puertas; aun cuando solo fuera por el gusto de encender la chimenea.

De lo demás ni una palabra: nada ha ocurrido en la semana que sea digno de mencion, si se exceptuan las listas circuladas de la compañía que actuará en el teatro Principal.

En Málaga, ya es sabido, la apertura de un teatro es la muerte del otro: y esto es muy triste, pero muy triste.

Yo confio que por esta vez, sucederá todo lo contrario, y ambos vivirán desahogadamente, para lo cual se necesita un pequeño esfuerzo por parte del público.

Y el público debe hacerlo, siquiera por el qué dirán, pues otras capitales menos importantes y menos ricas sostienen dos y tres teatros durante la temporada cómica.

¿Seremos nosotros menos?—No lo permita Dios!

GIBRALFARO.

RÉPLICA

Á LA DESCRIPCION DE UNA HERMOSA.

Para pintarte empiezo por la boca, que es como de costal, mas no tan seca, porque de aficionada, y no á manteca, trae siempre tanto moño, que me coca.

Tus bigotes hilados son de estopa á quien tu espada le sirvió de rueca; en tu pié miro el zancarron de Meca y en tu nariz el albañal de Moca.

Toda tu habilidad es mala cuca; contigo la limpieza se salpica, el talle es de babieca, el juicio de haca; es el pesebre quien te da en la nuca, y este retrato mi pincel te aplica, en cuca, coca, quica, queca y caca.

Agustín Moreto.

MODAS

Explicacion del figurin iluminado.

TOILETTE DE VISITA (tarde).—Trage *Francisco I*, en faya color «café con leche».—Falda sin cola, lisa en lo alto y plegada en hueco por abajo: un entredós de guipur blanco guarnece la parte hueca del plegado.—Túnica á panier, fijada á doce ó quince centímetros sobre la costura. Va montada á una altura de treinta ó cuarenta centímetros: la tela se prepara de modo á formar grandes cogidos huecos, al mismo tiempo que dos pronunciados *pouffs* por detras. La túnica termina por un ancho volante de guipur blanco.—El cuerpo del vestido lleva dos largas puntas, una por detras y otra por delante, con un lazo de seda anudado: el pecho va adornado con botones del mismo color que el trage. Las mangas van adornadas por abajo con varias líneas de pequeños blucles, de forma nueva y elegante.—Plegado de crespon liso en el cuello y en los puños.—Sombrero de fieltro, formando juego con el color y forma del vestido; el ala va forrada de terciopelo negro; una larga pluma, forma amazona, del mismo color que el trage, aunque un tanto mas oscuro, adorna la copa.—Pequeños pendientes de oro y sin piedras.—Botinas de piel con botones, formando juego con el color del vestido y guantes de piel.—Precio del patron *epingle*: 8 francos (1)

GOUBAUD & FILS.

Paris, Octubre 1877

LA FELICIDAD

EGLOGA

SÍLVIO

Las flores de los prados
No son mas bellas que tus faz, bien mio;
Tu acento es mas suave
Que el plácido gemir del manso rio
Donde van á beber nuestros ganados,
Mas que el acento con que trina el ave
De la verde enramada
Con amor saludando á la alborada.

DÉLIA

Ese sol que te tuesta la megilla
Cual si tu ardiente faz le diese enojos,
Sílvia del alma, para mi no brilla
Mas que los rayos de tus negros ojos.
Ellos son mi consuelo
Cuando despunta la pintada aurora,
Cuando el sol desplomándose del cielo
En purpurinas nubes se evapora,
Y cuando viene cándida la luna
A ver tu imagen bella
En el terso cristal de la laguna.

(1) Las señoras suscriptoras que deseen adquirir alguno de estos patrones *epingles*, los mas cómodos y fáciles para cortar un trage, pueden hacerlo en la administracion del MÁLAGA, Cister, 4.

SÍLVIO

¡Cuán hermoso es vivir, dulce pastora
En medio de los campos placenteros
Sin mas que tu compañía seductora
Mi alegre caramillo y mis corderos!
Mas quiero mi cabaña
Y del campo los goces inocentes
Que de todos los grandes de la España
Los palacios de mármol esplendentes.

DÉLIA

¿Y qué nos falta, dí? ¿Quieres alfombras?
Vélas aquí de primorosas flores.
¿Música quieres? El cantar escucha
De inmensa multitud de ruiseñores.
¿No es el mundo bellissimo palacio
Bañado en ondas de divina lumbre
Que tiene de zafir y de topacio
La espléndida techumbre,
Y que ofrece sus pompas y su brillo
Lo mismo al rey que al pobre pastorcillo?
Si lo juzgas así vive contento
En medio de los campos deliciosos
Y nunca tornes, de placer sediento,
A la ciudad los ojos envidiosos.
Mira, mi bien, que la fortuna impía
Hace al rico mil veces desdichado
Y habrá monarca que trocar querría
Su cetro brillador por tu callado

SÍLVIO

No temas, Délia hermosa,
Que loco yo los campos abandone,
Ni que un solo momento
De la ciudad las pompas ambicione,
Que aquí cual un arroyo cristalino
Tranquila se desliza mi existencia,
Y tus palabras siembran mi camino
De flores cuyo aroma es la inocencia.

MANUEL FERNANDEZ RUANO.

Córdoba 1878

EPÍGRAMA

Un señor de cierta edad
dispuso antes de morir
viajar en ferro-carril
por ver su velocidad.
Para Málaga salió
de la estacion de Antequera
el lunes; martes llegó
á Gobantes, y exclamó:
—¡Oh tiempos de mi galera!

UN INTRUSO.

PASATIEMPO

CHARADA.

Ver 2.^a 3.^a una 1.^a seria *todo*.

TRES ERAN, TRES...

BORRON Á LA PLUMA

POR C.

(Continuación)

—¿Qué confianzas? las que V. me ha dado. Pues qué, cree V. que yo me voy á callar?

No, señor; chillaré, y chillaré muy alto, para que todos me oigan, y acudiré al *menistró*, y lo citaré á V. á juicio...

Y Filomena, para nodesmentir su sexo, nifaltar á la costumbre, rompió á llorar como una Magdalena.

D. Modesto no sabía qué partido tomar: luchaba entre dos sentimientos encontrados: su conciencia, que le imponía la obligacion de consolar á la chica, y su afecto, que lo impulsaba hácia Eufrosia. Lo mejor que se le ocurrió en aquel instante fué coger el sombrero y marcharse á la calle, aprovechando el *patatús* de Filomena; aquel día comió en un *restaurant*, durmió donde pudo, y por la mañana, mientras su criada fué á la compra, quiso entrar en su casa; pero no contó con la huésped; es decir, con que Filomena se había llevado la llave y no había medio de abrir la puerta. Tuvo, pues, que esperar pacientemente en el pasillo de la escalera hasta que llegó su doméstica.

—Buena gana tenía de dejarlo á V. ahí un mes, dijo ésta apenas lo vió. Vaya V., vaya V. á vivir donde ha pasado la noche, seor calavera.

—Filomena, mira que te extralimitas.

—Que me extralimito? y eso que es?

—Que te tomas muchas confianzas.

—Hola! ahora es cuando lo nota V.? Pues quién sino V. me ha dado esas confianzas?

La conversacion hubiera durado indefinidamente, sin la presencia de D.^a Gertrudis que subia la escalera.

D. Modesto se turbó; Filomena se quedó con la boca abierta, y D.^a Gertrudis exclamó llena de sorpresa.

—¿Pero qué hacen ustedes aquí?

Su futuro hijo político le dió una disculpa cualquiera y se apresuró á hacerla entrar, preguntándole á qué debia la dicha de aquella visita.

—Como V. me ha dicho que se levanta siempre temprano y sale á dar un paseo, he pensado venir durante su ausencia para irlo poniendo todo en órden y arreglar la casa á fin de que esté presentable para cuando vengamos á ocuparla.

Aquel *vengamos* hizo dar un respingo al ex-hijo de Marte, pero no se atrevió á replicar, pues su suegra se le imponía.

Abreviando: desde aquella mañana D.^a Gertrudis se hizo el ama: pidió las llaves, repasó la ropa, cambió los muebles, daba órdenes, y un día que Filomena quiso replicarle, le ajustó la cuenta y la plantó en la calle sin preámbulos ni distingos.

D. Modesto no se atrevió á intervenir y la dejó marchar. En medio de todo no le desagradaba verse libre de ella para el día de su boda.

D.^a Gertrudis no era muger que se detenía en

tan buen camino, y así fué que un día se presentó á su yerno con una cuenta de diez mil y pico de reales, gastados en muebles. Una cama de matrimonio, un lavabo para su niña, un armario de espejo, una mesa de comedor, una lámpara para el idem, una *veilleuse* para el dormitorio y un trebol para el tocador.

D. Modesto, que no era tacaño, pagó sin regatear, pero ya le iba cargando su suegra.

Una compensación tenía un medio de todo. En cuanto veía á D.^a Gertrudis muy enfrascada en sus arreglos y quehaceres, cogía su sombrero y su baston, montaba en un coche de alquiler, y se dirigía á la calle de Leganitos, á casa de Eufrosia, donde pasaba largas horas, extasiado viéndola trabajar en su canastilla de boda, y admirando aquel cuello blanco y delicadamente modelado, y aquella nuca redonda, suave como el terciopelo, sobre la que se encaracolaban pequeños mechones de finísimo cabello, y aquella cabecita, tan pequeña y tan bien peinada.

A veces D. Modesto llegaba verdaderamente de mal humor, y daba á Eufrosia quejas de su madre, pero la aparicion de un pié diminuto, estrecho, bien calzado con babuchas de tafílete rojo, ó ya un indiscreto pliegue del escote de la bata, le causaba profundas distracciones, y se olvidaba de lo que queria decir, y solo veía á su amada Eufrosia, quien le preguntaba sonriendo.

—¿Me quieres?

Y entónces D. Modesto se sentía conmovido hasta el fondo de su alma, y en su aturdimiento solo sabía coger una mano de su Eufrosia, y apretarle dulcemente las yemas de los dedos.

Mientras tanto los preparativos de la boda marchaban viento en popa: D.^a Gertrudis se daba tan buena maña, que ella se bastaba para todo, y corriendo de oficina en oficina, y gratificando á unos y empeñando á otros, consiguió arreglarlo todo en menos de tres meses. D. Modesto que entonces contaba diez años menos de vida, supo agradecerle tantos desvelos.

Llegó por fin el día de la boda, tan impacientemente esperado por todos.

A las siete de la mañana se unían en indisoluble lazo D. Modesto y Eufrosia, y D.^a Gertrudis derramaba un torrente de lágrimas.

A las diez se celebraba un almuerzo de familia, que no por ser de familia, dejó de ser espléndido y succulento, y á las cuatro de la tarde partían en el express para Brañuelas, donde tomarían la diligencia para Pontevedra, y de allí á su hacienda, á fin de pasar en ella la luna de miel.

Quince días duró ésta: quince días que fueron quince minutos para Eufrosia y D. Modesto, porque, cosa rara, Eufrosia queria á su marido: había sabido apreciar sus bellas condiciones, y le había cobrado cariño.

Ellos hubieran pasado allí su vida, porque la hacienda del canónigo era hermosa y cómoda; pero D.^a Gertrudis lo entendía de otra manera, y les escribía diariamente ordenándoles venir: ellos se excusaron al pronto, mas llegó una misiva imperiosa, y fué preciso obedecer.

(Continuará)